

armó caballero, que era, no doctor en teología, sino licenciado en todo género de picardías, por lo que se había dado a conocer por cuantas audiencias y tribunales había en casi toda España. Y en cuanto a Sancho, por más que reconoce que «más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las den a gigantes, ora a vestiglos o a endriagos», patente es la marrullería con que trató el asunto de los azotes del desencanto de Dulcinea.

Paréceme, y no lo afirmo categóricamente porque prefiero que el lector lo afirme o lo niegue por cuenta y responsabilidad propias, que la división de los hombres en idealistas y realistas es uno de tantos convencionalismos corrientes; y tal vez no sea forzar demasiado el pensamiento de Cervantes, ver en los pasajes citados el intento de demostrar que si idealista quiere decir hombre separado de la realidad por la imaginación, y realista, el utilitario que se atiene exclusivamente a lo práctico y positivo, uno y otro son utilitarios que desconocen la realidad y quieren acomodarla a sus deseos y aspiraciones; cada uno por su parte es idealista y realista en una pieza, porque ambos, por ilustrados y experimentados que puedan ser, son aun ignorantes respecto de la extensión del propio ser, y más aun de la del medio natural en que nacen, viven y mueren; siendo en esto lo cierto, que hay hombres cuya mentalidad está dominada por la inteligencia y dan a los más arduos problemas apariencias de solución, y otros que sólo piensan en las necesidades inferiores, sin que a ninguno de los dos les salga la cuenta.

Forzado a volver al tema de las interpretaciones, que no pude agotar en mi artículo anterior, encuentro este pensamiento de Echegaray, enunciado en su discurso de recepción en la Academia Española: «No se propuso Cervantes, según ciertos críticos, pintar el eterno conflicto entre la realidad impura y el soñado idealismo; ni es de creer que sobre preconcebidos

planes de profundos problemas trazase las inmortales páginas del *Quijote*; pero lo que él acaso no se propuso, resultó por sublimes caprichos de la inspiración; que grandes obras, sin un alma grande que las inspire, no existen: lo que sí concedo es que en la generación artística, como en toda generación, lo ajeno a la voluntad entra por mucho, y que quien pone en apreturas de alumbramiento a un monte, engendra un ratoncillo, y a veces sin más pretensiones que el placer de unos instantes se engendra un genio». A cuyo pensamiento contestó en el mismo acto Castelar con este otro: «Lo sumo del arte se halla en quien sabe, como Cervantes, pintar un tipo de lo eternamente ideal y otro tipo de lo eternamente real; en quien pone, como Calderón, junto a un pensador como Segismundo, un gracioso como Clarín; en quien, a manera de Montañés, por sabio estudio anatómico, esculpe un cuerpo animal de joven hermoso en el Crucificado, y luego con el espejo ustorio de su inspiración religiosa coge del cielo y concentra sobre cara y cabeza, donde comienza el alma, un rayo de la divinidad».

Bellezas literarias graciosas y alegres mariposas que revolotean alrededor de la ardiente luz de genio, que se destruyen con su contacto o pasan y se alejan dejándole intacto e impecederero. Con tanto saber, los que saben lo que les enseñan sus maestros y aplican a la obra genial la medida de esos conocimientos, que, entre las verdades puramente tales y fijas llevan el bagaje de todos los prejuicios y de todos los errores tradicionales con que el humano afán de saber ha suplido siempre la verdad no descubierta, no pueden juzgar la obra del genio intuitivo, del precursor, del que es capaz de saber sin estudiar y aun sin darse cuenta de que sabe, o que, partiendo de un principio sólo accesible al genio, se extiende a sublimes generalizaciones en virtud de una lógica que es al común de las gentes lo que el álgebra para el sal-